

Juan Ramón Biedma
El sonido de
tu cabello

Alianza editorial



El XXI Premio de Novela Fernando Quiñones está patrocinado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Guillermo Busutil, Mercedes Monmany, Manuel Alberca, Lola Larumbe y Valeria Ciompi otorgó a *El sonido de tu cabello* el XXI Premio de Novela Fernando Quiñones.

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: Javier Manzano
Fotografía de contracubierta: Kiko Higuera-Milena

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Ramón Biedma, 2020
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-873-1
Depósito legal: M. 94-2020
Printed in Spain

Sos vos la que te fuiste.
Tuyo es el silencio, la ausencia, el sol
sin otra lumbre que aquel poema,
la noche en todas partes.

Guillermo Orsi

Capítulo cero

Ciudad Juárez, 2015

Embrujecida.

Así la señalaba su padre en el pueblo cada vez que asombraba a todos con alguna de sus predicciones. Hacía mucho que no recordaba esa palabra, del mismo modo que intentaba no pensar en sus padres ni en nada relacionado con España, que ahora era ese otro lado al que nunca vuelves más que en los ataúdes de plomo que sólo pueden pagarse los ricos.

En cuanto vio al hombre más allá de la barrera del motel supo que la estaba esperando; intentó adivinar si daba buena o mala sombra, su vieja maña para detectar a los desconocidos poco fiables, pero el sol se quitó de en medio cuando más lo necesitaba, así que siguió su camino y, ya en la calle, se dejó mirar largamente mientras se dirigía a la parada del autobús, también ella sin sombra, perdiéndose en la tarde del desierto.

Su turno de camarera —lo que en su país sería una *limpiadora* aunque estaría remunerado con un salario tan ridículo como en éste— terminaba a las ocho de la tarde, pero rara vez pisaba la calle antes de las nueve, y aun así el anormal de su jefe

le recordaba un día sí y otro también que debía estar agradecida porque la dejaran desempeñar el trabajo de dos personas y media.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que aquel individuo caminaba a su lado, algo más en comprender que llevaba esperándolo desde los once o doce años, quizás antes.

—¿La señora Edelmira?

—Sí.

—Trabaja usted en el Motel Espejismo, ¿verdad?

Las miles de muertas de Ciudad Juárez cayeron sobre ella, devolviéndole todo el miedo que intentaba mantener a raya cada día, ocultándola a la vista de los pocos transeúntes que circulaban por aquella parte del desierto donde ya se veía enterrada para siempre bajo el polvo ocre y blanquecino, con alguno de aquellos matojos rodantes que allí llamaban *voladoras* como única cruz.

—No voy a hacerle daño —intenta retenerla con voz insegura.

—¿Qué desea? —Se detiene porque detecta que el hombre tampoco es mexicano y al momento ya no sabe si aquello es mejor o peor.

—Hablar un momento con usted —inquieto—. Querría hacerle un encargo.

—...

—Pero no se pare, por favor —mirando una y otra vez hacia atrás—, ¿puedo invitarla a tomar algo? La licorería de la gasolinera todavía está abierta.

—...

—Me gustaría encargarle un... trabajo.

Hay años en los que cualquier cambio, incluso a peor, es bienvenido. Quizás, preferiblemente, si es a peor.

Arranca a caminar detrás de él.

Un cincuentón calvo de barba cerrada y ropa oscura que oscila entre el ensimismamiento y las miradas suspicaces en derredor.

El infierno de arena sólo se interrumpe en aquella zona por el motel en el que trabaja, la estación de servicio y la parada de la *rutera* que toma cada día para volver a casa. No llegan a tres millas las que la separan de Juárez, pero cada día tiene la impresión de que puede sumarse a la lista de las miles de mujeres violadas, torturadas, asesinadas y desaparecidas en aquella zona sin que nadie mueva un dedo en su favor.

A partir de las diez de la noche, la licorería sólo sirve a los clientes a través de una ventana enrejada, pero a esta hora aún pueden entrar en el interior, música aceitosa de Marco Antonio Solís, un trillón de botellas decorando las paredes, expendedoras de emparedados y quincalla regional, ni un solo cliente.

El hombre le señala la mesa más esquinada y se dirige a la barra.

Por un momento ella está a punto de aprovechar la distancia para marcharse a toda prisa pero cede al hábito de sentarse obedientemente.

La música le recuerda las circunstancias en las que conoció a su marido, uno de los operarios que acompañaban a Alejandro Fernández cuando ofreció un recital en su pueblo. Lo conoció en un karaoke, le agradó su acento mexicano, le dijo que cantaba mejor que su jefe cuando se subió al pequeño escenario. Pasaron tres días juntos en el hotel que le pagaba la promotora del concierto.

No pierde de vista al *hombre*, que rehúsa una y otra vez las ofertas del mesero sin dejar de vigilar la puerta.

De tarde en tarde, se detiene algún vehículo para repostar en la estación de servicio y no entiende de dónde procede esa sensación amenazante que percibe en todos y cada uno de ellos.

El *hombre* vuelve con dos cervezas y las coloca en el extremo más alejado de la mesa, fuera de su alcance, como si nunca

hubieran estado destinadas a ser consumidas. Después respira profundo examinando a fondo el servilletero. Trae legañas de llanto reciente, la frente —y seguro que las manos— cubiertas de sudor y un tic en el labio que hubiera resultado gracioso en una persona y un mundo completamente distintos.

—¿De dónde eres? —El *hombre* tiene una voz aflautada, casi femenina.

—De Avilés, Asturias. ¿Y usted?

—De Sevilla —cabecea—. De Sevilla —casi sorprendido—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en el motel?

—Casi un año.

El hombre no se decide a entrar en materia y a ella empieza a pesarle más la curiosidad que la prisa.

—¿Qué edad tienes? —Y rápidamente—. Bueno, eso da igual. ¿Sabes cuál es la habitación 105?

—Claro —Edelmira poniéndose en lo peor—. Mire, yo no sé qué es lo que quiere pero mi marido me está esperando.

—Terminamos enseguida, no te preocupes. Esa habitación está ocupada siempre por la misma persona.

—Sí, un hombre. Pero no lo he visto en mi vida, así que...

—Lo esperaba. Da igual. Tú arreglas el cuarto de ese hombre, ¿verdad? —Entre miradas nerviosas hacia la puerta.

—Creo que será mejor que me vaya. —Recoge el móvil que había colocado entre los dos a modo de defensa; no está dispuesta a jugarse su asqueroso puesto de trabajo por robar a uno de los huéspedes.

—¿Cómo ha dicho?

—Tres cabellos —algo más calmado después de decirlo.

—Tres pelos. —El asombro no apaga una remota decepción porque la encomienda no tenga nada de delictivo o sexual.

—Sí, es muy fácil. Ponlos aquí, por favor. —Le entrega un pañuelo negro de seda.

Edelmira vuelve a dejar el móvil sobre la mesa.

Tiene treinta y siete años, aparenta cuarenta y ocho, era viuda desde los veintinueve, volvió a casarse de nuevo hace cuatro y se arrepintió de hacerlo dos días después de la boda.

Alarga el brazo, toma uno de los vasos y bebe de un trago casi la mitad de la cerveza.

Intenta recordar lo poco que sabe sobre hechizos y magia negra, sobre *amarres* y dolorosísimas muertes a distancia, pero en vez de aclarar la situación termina aún más aturdida.

—Toma —el desconocido extrae del bolsillo interior de la cazadora un sobre y lo deja en la mesa.

Ella lo abre como si contuviera una dosis letal de esporas de ántrax pero sólo descubre un tochillo de billetes de doscientos pesos.

—Los billetes están cortados por la mitad —divertida—, como en las películas.

—Guárdalos —no deja de vigilar la puerta—. Pasado mañana te daré las otras mitades. Nos vemos a esta misma hora —consultó el reloj—. A las nueve y cuarto. En la central camionera. En la sala de espera.

—...

—La central camionera es como llaman aquí a la estación de autobuses.

—Ya lo sé.

—Ya... —se disculpa.

—Todo esto es una locura...

—... pero todo esto es verdad. Esas fueron las últimas palabras de Tolstoi antes de morir.

—¿Perdón?

—León Tolstoi. *Todo esto es una locura, pero todo esto es verdad* —le sostuvo la mirada un segundo y luego quitó importancia a sus palabras con un gesto.

—Tres pelos.

—Es importante que estén en buen estado; ten en cuenta que hay que hacer cuatro nudos en cada uno de ellos.

—Chamaquita, estoy hasta el ojete de hacer cuentas y no vas a poder matricularte en el pinche curso de alfarería —su marido le enseña una minúscula suma garabateada en la portada del diario. Como todo saludo.

—Me lo prometiste.

—¿Que no ves el chingo de números que llevo echados? —Vuelve a enseñarle el *Diario de Juárez* como prueba incontrovertible—. ¿Te has vuelto pendeja de tanto pasar el trapeador por los suelos del motel? ¿No puedes dejarme tranquilo, tienes que venirme todos los días, todos los días, con esa mamada? ¿Es que no tengo bastante con estar hecho un mandilón aquí, sin cobrar un peso, por culpa del puto del promotor? ¿De cuál fumaste, güey? ¿Te pones o no te pones las pilas, nepa?

Podía seguir durante horas con su retahíla.

Al menos no le había preguntado por la razón de su retraso.

Edelmira se queda inmóvil en la entrada de la salita, el sobre con los billetes cortados escondido en lo más profundo del bolso.

Televisa Juárez resuena a un volumen algo más alto de la cuenta en el televisor y, poco a poco, su marido vuelve a concentrarse en la pantalla como si quisiera aprenderse de memoria las novedades del día; le obsesionan las noticias, se pasa el día desnudo en el sillón escudriñando las transformaciones del resto del mundo; cuando llegaban los fríos se cubría con un chándal viejo, ése era el único signo de que los años pasaban por allí.

Al día siguiente Edelmira elige con mucho cuidado el momento de arreglar la habitación 105. Introduce los utensilios de limpieza y, en contra de su costumbre, cierra la puerta detrás de ella; había dejado lejos el carrito de las sábanas y toallas para que nadie pudiera localizarla.

Se sienta en la cama y mira por primera vez la habitación, da igual que hubiera estado allí un millón de veces antes.

A través de la puerta abierta del baño puede ver el cordel que el hombre ha colocado sobre la bañera para tender la ropa: dos calzoncillos y una camiseta agujereada.

Siempre había pensado que se trataba de poco más que un mendigo, al fin y al cabo el *Motel Espejismo*, además de escala para gente de paso y madriguera de parejas que necesitaran *coger* lejos de la ciudad, era poco más que un refugio de jubilados y vagabundos, desgraciadas que habían venido a trabajar en la *maquila* o incautos que querían dar el salto más allá de la frontera. Los desharrapados de cualquier origen estaban allí como en su asquerosa casa, lo único extraño en él era no habérselo cruzado en todo este tiempo.

Pero hasta ahora no había reparado en la carencia absoluta de cualquier rasgo de identidad que se apreciara en su cuarto. Nada de fotos, libros, revistas o cualquier otro objeto personal a la vista.

No puede imaginar la razón por la que el *hombre* que le había hecho el *encargo* quisiera acabar con aquel desgraciado, pero no duda que la función de los cabellos era asesinarlo a través de algún tipo de maleficio.

Se levanta impulsivamente y abre a tirones los tres cajones del escritorio. Nada. Ni un solo objeto identificativo. Sólo el olor ácido de la madera desnuda.

Después abre la puerta corredera del armario; de la percha cuelgan dos camisas baratas, unos vaqueros y un jersey arrugado. Rebusca en los bolsillos. Da la impresión de que aquel

hombre llevaba consigo sus escasas posesiones o que no tenía nada ni era nadie. Dentro del ropero, abajo a la izquierda, hay una cajonera tan desangelada como todo lo demás; se agacha junto a ella: primer cajón, segundo cajón.

Tercer cajón.

Allí están, dejados de cualquier manera, como si al ocupante de la habitación le trajera sin cuidado quién pudiera encontrarlos ni las consecuencias de que los encontrara, siete mechones de cabello unidos por cinta adhesiva transparente, cabellos de distintos colores, texturas y dimensiones, probablemente de mujer.

Unos pasos repican en el exterior. No tienen prisa. Pasan de largo.

Tiene la seguridad de que todas las dueñas de aquellos mechones están muertas.

Un lametón de sudor frío le acaricia la columna vertebral.

Vuelve a la cama lentamente y se sienta de nuevo.

Éste el momento de las películas en el que está a punto de regresar el asesino y el espectador le grita telepáticamente a la víctima: *vete de ahí, vete de ahí.*

Por primera vez desde que aquel extraño le hizo la proposición siente miedo por sí misma. Pero también está fascinada por la situación. Hay veces en que cualquier cambio es bienvenido, aunque sea a peor, *sobre todo si es a peor*, se repite.

Recuerda a su marido, descartando el curso de alfarería, lo único que había pedido para ella desde que se habían casado.

A las dos semanas de vivir en Juárez, dos sujetos la tomaron como rehén junto a otros tres clientes y a la dueña de una tortillería en la que acababa de entrar. El rapto duró exactamente cincuenta y tres minutos, hasta que la unidad antisecuestros de la fiscalía, agentes enmascarados y vestidos de negro de pies a cabeza, convirtieron el localcito en un infierno de sangre, fuego y tortillas de maíz con sus fusiles de asalto, abatiendo a todos sus ocupantes, a todos, secuestrados y secuestradores, menos

a ella. Desde aquel día le parece estar viviendo una especie de cuenta atrás.

Sólo tiene que atravesar la habitación, ni siquiera cuatro metros, para buscar en la *regadera* tres cabellos del huésped. La tarea más fácil del mundo. Pero no será necesario.

Las tres quince de la madrugada y el cuchicheo de una vieja película en *Televisa Juárez* sigue llegando desde la salita; a menudo su marido pasa la noche en el sillón para no perderse ni uno solo de los programas, sentado desnudo en el sofá, enmarcado por san Pedro de Jesús Maldonado, el mártir de Chihuahua, al que su madre dedicó un mural con execrables trazos infantiles que ocupa toda una pared.

Ya completamente despierta, Edelmira busca en su bolso el pañuelo de seda negra y se dirige al baño.

Camina de puntillas por el pasillo para no tener que cambiar ni una palabra con él. Nunca imaginó que se pudiera detestar con aquella minuciosa intensidad a otra persona.

Entra en el baño y pasa el pestillo.

Sabe perfectamente que su marido jamás despoja de cabellos su único cepillo, que encontraría allí muchos más de los tres que necesitaba.

En la entrada a la *central camionera* dos *puercos*, que es como casi todos llaman a los policías, intentan neutralizar las brasas del desierto pulverizándose agua con unos recipientes de plástico.

Edelmira llega tarde y, aunque localiza enseguida al *hombre* que había contratado sus servicios —de espaldas, dormido en

uno de los asientos metálicos de la sala de espera—, permanece un momento de pie sin acercarse a él.

Sólo había pasado por la *central* en otra ocasión, cuando llegaron desde el DF, tan aturdida que no reparó en los detalles que ahora descubre, en los santos que colocan los empleados tras las ventanillas de las distintas empresas de camiones que llevan pasajeros a todos los puntos de México, los restaurantitos, las tiendas de baratijas, los *kioskos* (que en España llaman estancos), los cochecitos de monedas para niños que se activan a ritmo de *rancheritas* y, anulando todo lo demás, una columna circular repleta de fotos de desaparecidos: hombres y niños de todas las edades, pero sobre todo mujeres jóvenes que nunca regresarán. Fotos en blanco y negro rompiendo el bombardeo de colores estridentes de la estación.

Siente la tentación de permanecer allí de pie eternamente.

Sabe que aquélla es su última oportunidad de hacerse algunas preguntas; las que se haga el resto de su vida no podrán modificar el curso de los acontecimientos.

Pero ya tiene todas las respuestas que necesita.

Lo único que teme en ese momento es que el *hombre* descubra de alguna forma que los cabellos que va a entregarle no pertenecen al huésped del hotel. Si consigue engañarlo, lo demás no le importa. Ni la muerte atroz a la que estaba segura que condenaría a su marido ni que aquel asesino de mujeres quedara en libertad.

El *hombre* continúa sin moverse, la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo.

Entonces Edelmira comienza a plantearse que la realidad podía quebrarse por otro de sus extremos.

El vestíbulo se está llenando de los pasajeros que habían llegado unos minutos antes en los últimos autobuses y nadie repara en ella.

Camina despacio hasta colocarse a su lado, no hay nadie más en la fila de asientos y puede sentarse a la distancia justa,

ni muy cerca ni muy lejos. Su rostro refleja una calma de siglos. Piensa en que nunca tendrá la otra mitad de los billetes. Tarda unos segundos en reunir el valor para alargar la mano y rozar la suya. Tan fría como esperaba. No le encuentra el pulso en la muñeca.

No puede pensar en nada tan secretamente aterrador como ser asesinado con aquel irrefutable aspecto de *muerte natural*.

Excepto en el murmullo del televisor resonando esta noche toda la vida a las cuatro de la madrugada.

El insólito caso de la chica que nunca desapareció

Una denuncia sobre una joven que dejó de acudir a su puesto de trabajo con un desenlace imprevisible.

:: A.D.

Según fuentes de la Policía Nacional, una joven de 23 años de edad identificada con las iniciales R. D. S. se personó en dependencias policiales el viernes pasado para denunciar la falta durante cinco días consecutivos de una compañera de trabajo en la fábrica textil Traxes S. L., situada en el Polígono Navisa de Sevilla. Se da la circunstancia de que el año pasado fue hallado el cadáver de una chica en la puerta de esta factoría.

La denunciante relató que, en contra de lo acostumbrado, no había recibido noticias de su compañera de trabajo y temía que pudiera haber sufrido algún percance, pero no se atrevía a visitarla por lo conflictivo del barrio donde residía.

Un patrullero se desplazó al domicilio del Vacie donde según R.D.S.

vivía la desaparecida, aunque a las preguntas de las autoridades, el matrimonio de origen rumano que ocupaba la vivienda aseguró no tener ninguna hija de esa edad ni haber sufrido ninguna clase de desaparición en su familia.

Prosiguiendo con las diligencias que la Comisaría del Distrito Sevilla Sur ha llevado a cabo para esclarecer la situación, se desplazó un efectivo a la fábrica textil Traxes S.L. en la que al parecer estaban contratadas tanto la denunciante como la desaparecida.

Lo sorprendente del asunto se puso en evidencia cuando la dirección de la empresa manifestó que no contaba ni había contado en plantilla con ninguna chica llamada R.D.S. y que no había detectado ausencia alguna entre sus operarias.

Mandos policiales han manifestado a esta redacción que no es esta la primera broma con similares características de la que la comisaría ha sido objeto y que podrían ser constitutivas de delito.

Capítulo 1

Aún no ha amanecido en Las Tres Mil Viviendas. Un país dentro de una ciudad. Sevilla queda a unos minutos, a miles de kilómetros de allí.

Como océanos o cordilleras, sus límites naturales están constituidos por la S-30, la carretera de Su Eminencia, el club de golf, las vías del tren o la Ronda del Tamarguillo; un país aislado por superestructuras urbanas tan eficaces como muros de un campo de concentración, inmovilizado en el tiempo —aquí no han llegado el estado constitucional, Europa ni el nuevo siglo— e imbricado en sí mismo bajo indivisibles capas de apatía, incultura, violencia, flamenco, heroína, enfermedad y miseria.

Aún no ha amanecido en Las Tres Mil porque aquí nadie se levanta antes del mediodía, después de una noche entera de trajar en las actividades a las que vuelve la cara la gente normal. Pero no por eso se respira tranquilidad alguna en *Las Vegas*, el núcleo incandescente del centro de esa tierra: los alrededores de la *Iglesia Evangélica Calvinista de Filadelfia*, en la calle Padre José Sebastián Bandarán, boca desdentada del purgatorio, han sido tomados por las fuerzas de ocupación.

Docenas de efectivos de las Unidades de Intervención Policial, los *antidisturbios*, dotados con todo su equipamiento de combate han afianzado un perímetro de seguridad, reforzados por un buen número de patrulleros de policía local y nacional cuyos agentes pasean achulados y tranquilos bajo el amparo de sus hermanos mayores. Cerca de la entrada de la iglesia han aparcado los de la policía científica y la camioneta de los Grupos de Operaciones Especiales de Seguridad, cuya participación no ha sido necesaria pero que permanecen allí porque en aquella zona nunca se sabe cuándo pueden torcerse los ánimos.

También continúan los controles en las entradas al barrio, operativos de bomberos, camiones de basura, unidades caninas, helicópteros rasantes.

Los edificios derruidos, las montañas de desperdicios y los solares cubiertos de matojos están más seguros que nunca.

La puerta de la iglesia evangélica se abre para que los operarios del *anatómico forense* salgan con la camilla en la que una bolsa de plástico negro impide ver a la chica morena torturada, violada y estrangulada.

Y en los aparcamientos de enfrente, a punto de comerse su teléfono móvil, la inspectora Perpetua Carrizo apenas les echa un vistazo mientras sigue gritando, ajena a las miradas de sus compañeros.

—... Gladis, me cago en mi puta madre —no es la forma más efectiva de tratar con la cuidadora de su hija. Vuelta a empezar—. Vale, escúchame. Escúchame, no... no, ni vas a preparar ninguna maletita ni vas a llevar a la niña a ningún hospital. Si tiene 37'3, eso no es fiebre ni es nada. Busca el bote de Dalsy en el armario del baño y dale una cucharada cada seis horas. Y dale mucho líquido. Y que no esté muy abrigada. Y nada más. Na-da-más.

—...

—... ¿Te has enterado?

—...

—... Bien, después te llamo. Muchas gracias.

Tú qué coño te vas a enterar de nada, pedazo de cabrona, mu-sita cuando cuelga.

En ese momento se abre el círculo de antidisturbios para dejar salir al furgón camino del anatómico. Le hubiera gustado examinar una última vez a la chica, pero da igual.

Los policías, antes de volver a cerrar el contorno de seguridad, la miran por si quiere cobijarse dentro.

Apenas mide un metro sesenta, pero el pelo rojizo sucio pegado al cráneo, los zapatos sin tacones, las gafas antiguas y el ancho chaquetón azul marino la hacen parecer aún más baja.

Perpetua Carrizo niega con la cabeza, se asegura por el peso de llevar la pistola dentro del bolso en bandolera y tira sola en dirección al corazón del barrio ante el gesto preocupado de sus compañeros.

Son casi las diez de la mañana y aún no ha amanecido en Las Tres Mil.



El piso abre sus puertas a la segunda llamada para recibir a Set Santiago con un olor olvidado a alguno de los potajes que tomaba en su niñez.

—Buenas tardes, ¿es usted familiar de doña Antonia?

—Yo soy una vecina —un poco amedrentada.

—Yo, un abogado.

—Entre.

Lo hace pasar y se escabulle hacia las profundidades de la casa, que, dadas sus dimensiones, están allí mismo.

Set permanece en pie, todo parece limpio y ordenado, lo poco que tienen lo conservan en buen estado pero desde hace mucho tiempo. Mientras conserve el portafolios metalizado en la mano nadie va a recusarlo. Dentro guarda un sobre lacrado

con una lasciva cantidad de dinero que deberá entregar a un cliente dentro de unas horas pero apenas lleva veinte euros en la cartera, diez para comer y otros diez para gasolina. Vuelve a decirse que si no fuera por eso no estaría allí, haciéndoles a aquellas pobres ancianas lo que está a punto de hacerles, pero a saber si se dice la verdad.

La hija de su clienta aparece por el pasillo secándose las manos, sesenta años de trabajo duro, sabañones y carbohidratos.

—Usted perdone, estaba arreglando a mi madre para levantarla. Como nos dijo que no vendría hasta mañana...

—Es que estaba por aquí cerca y me he pasado por si tenían preparado lo que les pedí —miente sin esforzarse mucho, no ha hecho otra cosa en la vida.

—No pasa nada —tampoco se esfuerza en demostrar que lo cree—. Si me espera un momentito que termine de levantarla, estamos con usted.

Desaparece casi con una reverencia.

Lo que les pidió fue que cumplimentaran un formulario y que le prepararan cuatrocientos euros. El impreso le serviría a la anciana para cobrar la pensión otorgada por la Ley de Dependencia a las personas que requieren alguna clase de ayuda en el transcurso de su vida diaria, pero había tal acumulación de retrasos para iniciar las percepciones que, como estaba ocurriendo en un buen número de casos, era muy posible que la anciana hubiera fallecido antes de obtener la aprobación; por eso algún que otro abogado como él, además de sus honorarios, solicitaban de sus clientes una provisión especial de fondos, *una mordida para el funcionario de turno*, para acelerar el proceso. Cuatrocientos euros que irán directamente a su cartera y que no apresurarían ningún trámite pero de cuya efectividad nunca dudaban los ancianos, dada la generalizada podredumbre administrativa que experimentaba el país.

El abogado conoce perfectamente la situación económica de la familia. Hay a la vista un televisor a válvulas, un calentador eléctrico desenchufado a pesar del frío que han traído las primeras horas de noviembre y una fregona remendada con papel adhesivo. No les faltaba de nada. Sobre todo, deudas y noches sin dormir contando hasta el último céntimo para remontar el final de mes. Eso sí, no se apreciaban signos de extrema pobreza, podían prescindir sin grandes problemas de los cuatrocientos euros que va a esquilmarles.

La hija de su clienta asoma por la puerta de uno de los dormitorios y le hace una señal para que pase.

La anciana, ya en su silla de ruedas, lo espera con una gran sonrisa; el formulario y un montoncito de billetes en una esquina de la peñadora.

Set no logra devolverle la sonrisa. Es tan fugaz el recuerdo de su madre que no merece la pena reparar en él.

—¿Todavía anda usted en danza a esta hora? —La abuela finge reñirle componiendo una mueca divertida— ¿Ha comido usted ya?

—No, aún no.

—¿Quiere que le saquemos un platito de chícharos?

Tarda lo que un nudo en la garganta en decir que no.

La calle Manuel Fal Conde sí que sabe de gente fronteriza, en la primera línea de Las Tres Mil Viviendas, clase que intenta ser obrera y se pasa la vida sosteniendo que no todos en el barrio son delincuentes; entre ellos, se comprenden; ante la gente del exterior, comparten con sus vecinos mucho más que el estigma.

La inspectora Perpetua Carrizo se arma de mala hostia para subir las escaleras; tarde se da cuenta de que el ascensor funciona y de que la maceta con geranios del descansillo no está hecha